

DOMÉNECH MONTAGUT, ASUNCIÓN. *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*. Valencia, Colección Interciencias, 2000, 227 pp.

El uso de testimonios no directamente científicos, en cuanto al objeto de su mensaje, para examinar la forma cómo discurren las ideas científicas en una sociedad dada, cuenta con una larga tradición en la investigación historicomédica, no sólo internacional, sino especialmente en nuestro país con los trabajos de algunos de los protagonistas del proceso de reciente institucionalización de la disciplina. A partir del trabajo de los más tempranos colaboradores del profesor Laín Entralgo: Agustín Albarracín y Luis Sánchez Granjel, pocos han sido los especialistas que no han sentido la llamada del análisis de este tipo de fuentes y a vuela pluma, me vienen a la cabeza algunos de los primeros trabajos de José María López Piñero y Luis García Ballester sobre literatura y medicina en la España del siglo XIX. Y es en esta línea en la que se inserta el trabajo de Asunción Doménech, donde reelabora una parte de su tesis de doctorado, dirigida precisamente por el profesor López Piñero y en cuyo tribunal estuvo uno de los seguidores más conspicuos de esta línea de trabajo: el investigador del CSIC Rafael Huertas.

Si bien estamos ante una obra primeriza, Asunción Doménech no es una desconocida en el panorama

historiográfico, pues forma parte del equipo fundador de dos de las revistas de divulgación histórica más importantes de nuestro país: *Historia 16* y *La Aventura de la Historia*. Así pues, debo adelantar que nos encontramos ante un trabajo que destila oficio por todas sus esquinas, ya que hace un uso muy apropiado de las fuentes y sabe encuadrar perfectamente la figura de doña Emilia tanto en su contexto histórico general como literario y científico. Además, la autora manifiesta un aprovechamiento notable de su formación en el tercer ciclo de la Universitat de València, uno de los pocos existentes en nuestro país dedicados íntegramente a la historia de la ciencia, y por fin, se aprecia la labor magistral de su director, responsable además del prólogo que abre el texto.

Sé que no es habitual adelantar las conclusiones críticas en una reseña, pero pienso que en este caso es muy pertinente, especialmente para justificar la recomendación de su lectura a especialistas y curiosos provenientes de las diferentes disciplinas historiográficas, ya que este libro es un buen ejemplo de esfuerzo por acercar las dos culturas, así como de honestidad intelectual.

El libro se inicia con un prólogo muy ilustrativo de sus principales valores, ya indicados, y de una escueta introducción, en la que se explicita el contenido del texto. El primer capítulo busca justificar el objeto de estudio, con un acercamiento aclaratorio

hacia el interés de la literatura de creación como fuente historicomédica y con una apretada síntesis de la figura de doña Emilia, que es observada como autoridad literaria y como personaje privilegiado para un examen de este tipo, especialmente por su erudición y curiosidad hacia las novedades científicas; tal curiosidad parece ser que nace del ambiente culto en que se crió y educó, por las vinculaciones de su padre con algunos de los grupos de renovación cultural más importantes del momento. Al mismo tiempo, era una perfecta conocedora de la Galicia de su época, en la que se mantenía viva una riquísima tradición médica popular. A. Doménech aprovecha además, siguiendo una línea historiográfica reciente, para llamar la atención sobre la altura intelectual de esta novelista, periodista y ensayista, que ha sido un tanto desdenada o menospreciada por la crítica, quizá por su adscripción ideológica y, por qué no decirlo, por su condición femenina.

El trabajo se basa en un fino análisis, sólidamente documentado, de los 20 títulos que merecen el calificativo de novelas, publicados entre 1879 y 1911, para pulsar la imagen que éstas desprenden de las profesiones médicas y de las enfermedades. Un objeto de estudio muy atinado, ya que el médico es una figura siempre presente en las obras de Pardo Bazán, encarnando posiciones humanistas, científicas e ideológicas distintas: Máximo Juncal, el higienista fanático de

*Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*; el intelectual y humanista doctor Moragas, que adquiere un papel protagonista en *La piedra angular*; o el afamado especialista madrileño Doctor Luz de *La Quimera*, de claras reminiscencias zolianas y que encarna la incapacidad de la medicina positivista para dar respuesta a los problemas del alma humana. Frente a ellos, aparecen los médicos rutinarios propios de la Galicia rural como el Doctor Tropiezo de Vilamorta o Dióscoro Napelo. Además, la autora se sirve de la geografía para contraponer a la Galicia rural y tradicional, un Madrid vivo, en el que se conocen y practican las corrientes científicas más innovadoras.

Asimismo, doña Emilia se preocupó por la «medicina para pobres», la cual adquiere protagonismo en *La Tribuna*, única novela ambientada exclusivamente en el mundo obrero, en la que los pobres recursos de barberos y comadronas, dan paso habitualmente a la intervención de saludadoras y a las prácticas mágicas. Por otro lado, en *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, interviene el algebrista, señor Antón, portador asimismo de la larga tradición empírica de la Galicia rural, a quien la novelista trata con respeto, aunque no pierde ocasión de ironizar sobre su esperpéntica figura o sus vicios. Este personaje comparte espacios con la sabia, personaje fundamental en la medicina popular gallega, que no ha perdido vigencia en nuestros días.

Estos individuos también le sirven a la autora para acercarse a dos de los grandes debates de la sociedad española de entresiglos. El primero, la antropología criminal y su esfuerzo por patologizar el crimen y tratarlo como el resultado de una enfermedad social o individual. El segundo, los derechos de las mujeres, con una denuncia de las deficiencias educativas de la mujer española (*Doña Milagros y Memorias de un solterón*), que adquiere especial relieve en *La prueba*, donde refiere a las claras la difícil y áspera realidad que suponía el matrimonio, sobre todo para la mujer. En la última etapa de su carrera, se aprecia una clara deriva hacia el espiritualismo, que aprovecha para marcar los límites de la ciencia y en estas últimas novelas, los médicos más preclaros aceptan su incapacidad para tratar con éxito los males del alma.

Gracias a los personajes y temas abordados, podemos tener un acercamiento enormemente provechoso hacia casi todas las cuestiones referidas a la profesión médica, a la figura del médico y a su prestigio social en la Galicia, y en la España, de la Restauración desde el periodo de formación del facultativo, así como a las distintas formas de acercamiento a la enfermedad y el dolor, y las actuaciones contrapuestas, con una descripción precisa del acto médico y de intervenciones terapéuticas de todo tipo por parte de médicos y sanadores.

La enfermedad es una de las realidades culturales de mayor peso en

las sociedades y en las personas, que despiertan actitudes y temores, no sólo individuales sino también colectivos, y que a menudo arrastra dramas tremendos, que dan amplio juego a la narración, pero que también han determinado comportamientos, angustias, luchas, opiniones, etc., que han marcado profundamente distintos períodos históricos. Sin duda, la tuberculosis es uno de los grandes protagonistas del siglo XIX, y sobre ella desenreda la trama de *Un viaje de novios*, donde asistimos, por un lado, a una precisa descripción del proceso sufrido por un enfermo de tuberculosis desde su origen hasta su fatal desenlace, con las distintas medidas adoptadas para intentar luchar contra ella y, por otro, a pesar de las referencias a los descubrimientos de Koch sobre la etiología de la enfermedad, a la pervivencia del convencimiento social sobre las consecuencias de las causas morales en el desencadenamiento de un proceso morboso; un aspecto éste, que adquiere un claro protagonismo en *La Quimera* y *La sirena negra*. Junto a estos acercamientos de claro contenido moral, también contrapone la distinta incidencia social de la enfermedad entre el proletariado urbano (*La Tribuna e Insolación*) y las clases medias: *El Cisne de Vilamorta* y *La prueba*.

En los años noventa, cuando se vivía la crisis de los postulados estéticos del naturalismo y la novelista iba desviando sus posiciones hacia el

espiritualismo, en *Una cristiana* y *La prueba*, que, en realidad, forman una extensa novela en dos partes, utiliza la lepra —cuya pervivencia preocupaba en los ambientes científicos de la época y que ella conocía por sus veraneos cerca del balneario de La Toja— para ejemplificar el sentido cristiano de la enfermedad, concebida como prueba y así sobre ella gira el argumento de la segunda. Pero también en esos momentos se estaba produciendo un vivo debate sobre la antropología criminal con la difusión de las ideas de Cesare Lombroso y su escuela, para quienes la epilepsia era claro ejemplo de degeneración y de la influencia morbosa en la etiología del delito. Pardo Bazán se sirve hábilmente de estas teorías para romper la placidez de la escena del banquete de bodas en la primera novela, con el ataque sufrido por el seminarista Serafín Espiña. Por otro lado, la diabetes será aprovechada en *El Cisne de Vilamorta* para acentuar la mediocridad de la existencia de los habitantes de un pueblo pequeño de la provincia de Orense, al tiempo que su carácter de «enfermedad nueva» le permitirá enfrentar, una vez más, dos visiones de la medicina: la rutinaria y tradicional con la basada en los nuevos descubrimientos de la medicina. La autora llegó a conocer bien este mal por experiencia propia.

Los trastornos psíquicos recibieron una atención preferente por la autora y sus obras nos aparecen como

buenas atalayas para acercarnos al lugar ocupado por estas enfermedades entre las patologías más comunes de la sociedad española de la Restauración y para pulsar su valoración contemporánea. En primer lugar, no podía faltar la locura de un científico en *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina*. Los otros trastornos se nos presentan como tributarios del género y la herencia, y en menor medida del ambiente y la clase social. Dos casos distintos de melancolía se refieren en *Un viaje de novios*: la masculina y la femenina, denominada ésta clorosis y que precipitará a la aquejada a una tisis. Los trastornos melancólicos en las clases populares son descritos en la pletilla caída, que sufre la cigarrera de *La Tribuna* y la joven criada de *Morriña*. La histeria recibe una atención preferente y siempre referida a las mujeres, que pueden transmitir a sus hijos un carácter melancólico, como ocurre con el protagonista de *El Cisne de Vilamorta*.

A lo largo de sus novelas, se puede seguir una cierta evolución en el concepto, manifestaciones, tratamiento y valoración de la enfermedad desde el galenismo a la mentalidad anatomoclínica y experimentalista. En su última etapa, de corte más espiritualista, el simbolismo de la idea de la muerte, con tintes neuróticos, es considerado ampliamente en *La sirena negra*, mientras que la locura mística es personalizada en la búsqueda del amor ideal por parte de Lina Mascareñas, protagonista de *Dulce*

*Dueño*, que acaba internada en un manicomio. La riqueza de contenidos en estas cuestiones es tal, que ha merecido una atención específica en otro libro de la misma autora: *Género y enfermedad mental: Trastornos psíquicos en las novelas de Emilia Pardo Bazán* (Córdoba, Universidad de Córdoba, 2000, 136 pp.) y que ha sido merecedor del III Premio Cátedra Leonor de Guzmán.

Una lectura atenta de los textos, junto con un adecuado uso de una amplia y completa bibliografía crítica, tanto en historia de la literatura como de la ciencia, nos permite un acercamiento nuevo y complejo a la poliédrica figura de Emilia Pardo Bazán y, a través de ella, a la sociedad de su tiempo. Precisamente, el acertado encuadre de cada uno de los aspectos considerados nos permite valorar la significación de cada una de las novelas y personajes como testimonios de la percepción de la enfermedad y de la posición del médico en la España de la Restauración. Para concluir, pienso que obras como la que hemos reseñado, son buena muestra de la existencia de una sola historia con mayúsculas, en la que confluye el resto de las especialidades históricas, las cuales no deberían constituir jamás compartimentos estancos, sino crear puentes de comunicación para así ayudarnos en el camino de la construcción de aquel ideal propuesto por Pierre Vilar: la historia total.

VICENTE L. SALAVERT FABIANI

GARRIDO GALLARDO, MIGUEL ÁNGEL (con la colaboración de ANTONIO GARRIDO DOMÍNGUEZ y ÁNGEL GARCÍA GALIANO). *Nueva introducción a la teoría de la literatura*. Madrid, Síntesis, 2000, 366 pp.

Este libro aborda las cuestiones fundamentales acerca de lo que en la actualidad se llama *literatura* y de los mecanismos con que contamos para desentrañarla. La obra evoca la *Introducción a la Teoría de la Literatura* del mismo autor aparecida en SGEL en 1975 y se presenta como corolario de una larga carrera y también de la colección en que aparece, dirigida por el propio Garrido, en que tanto los estudiantes de Filología como el público en general pueden encontrar atendido el panorama teórico del fenómeno literario. La obra, que ya va camino de una tercera edición, es un manual general de teoría de la literatura que, además, responde a las convicciones de su autor. De este modo, el libro se abre a la otra cara de los estudios literarios, la crítica, a la que el autor promete dedicar un volumen complementario, frente al «injustificado» (p. 11) complejo de inferioridad que los editores españoles parecen mostrar al volcarse en las traducciones sobre la materia.

El primer capítulo de los diez en que se divide el manual, se presenta como una respuesta a las cuestiones básicas de en qué consiste el fenómeno literario y cuáles son sus posibilidades de estudio, lo cual se va des-